

THE HORUS HERESY®

Graham McNeill

LOS MUERTOS EXILIADOS

La verdad se esconde en el interior



timunmas

THE HORUS HERESY™

LOS MUERTOS
EXILIADOS

Graham McNeill

timun**mas**

Título original: *The Outcast Dead*
Traducción: Juan Pascual Martínez

Ilustración de cubierta: Neil Roberts

The Outcast Dead, Los muertos exiliados, GW, Games Workshop, Warhammer, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes y la imagen distintiva están registrados en los distintos países como ® o TM y/o © Games Workshop Limited y usados bajo licencia. Todos los derechos reservados.

Versión original inglesa publicada originalmente en Gran Bretaña en 2011 por Black Library Games Workshop Limited.,
Willow Road, Nottingham,
NG7 2WS, UK
www.blacklibrary.com

© Games Workshop Limited 2011

© De la traducción Games Workshop Limited. 2012. Traducida y explotada bajo licencia por Editorial Planeta. Todos los derechos reservados.

Edición publicada en España por Editorial Planeta, 2012, 2016
© Editorial Planeta, S. A., 2016
Avda. Diagonal, 662-664, 7.ª planta. 08034 Barcelona
Timun Mas, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
www.timunmas.com
www.planetadelibros.com

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y situaciones descritos en esta novela son ficticios, y cualquier parecido con personas o hechos reales es pura coincidencia.

ISBN: 978-84-450-0325-1
Preimpresión: gama, sl
Depósito legal: B. 2.266-2016
Impreso en España por Romanyà Valls, S.A.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

UNO

Techo del mundo Pequeña chica Regreso al hogar

Los viajeros ascendieron a través de los bosques petrificados de Uttarakhand y de los páramos radiactivos desolados de Uttar Pradesh. Luego continuaron a lo largo del valle del Brahmaputra y se acercaron al techo del mundo con cada día que pasaba. Llegaron a las llanuras de Terai-Duar, colonizadas por los constructores de naves del Mechanicum, que habían levantado allí los diques de reparación. Siguieron ascendiendo hasta dejar atrás aquellas catedrales de hierro iluminadas por el resplandor del acetileno y llegar a Bhabhar, con su escasa atmósfera y donde la tierra estaba cortada por cañones perfectamente paralelos por donde antaño habían bajado el agua del deshielo desde los picos más altos hasta las llanuras inferiores.

Allí habían florecido inmensas extensiones de bosques subtropicales antes de que las antiguas guerras destruyeran casi todos los seres vivos de la superficie del planeta. Los océanos habían hervido, los continentes habían ardido, y la mayor parte de lo que hacía especial a aquella tierra se había perdido en esas guerras. Pero, a pesar de todo, el planeta había resistido. En aquel bosque en concreto había predominado un árbol llamado «sarja», la especie favorita del antiguo dios de un imperio desaparecido mucho tiempo atrás que había dominado aquellas tierras.

Uno de los pocos mitos que había sobrevivido de aquel imperio hablaba de la más grande de sus reinas, la más importante, que había dado a luz a un dios mortal mientras se agarraba a las ramas de un sarja en un poblado de los sàkyans. Aquel dios había iniciado una nueva religión, pero ya no quedaba nada de sus enseñanzas, y ningún relato aclaraba si era un dios benevolente o iracundo.

Los viajeros no conocían nada de la historia de aquellas tierras, ya que Bhabhar no era ya más que una extensión desolada cubierta de campamentos que llenaban el paisaje hasta donde alcanzaba la vista. Millones de trabajadores, de artesanos y de enormes *migou* se afanaban alrededor de las ciudades industriales de lona y de plásticero prefabricado. Eran el músculo que impulsaba la maquinaria de construcción que rodeaba incluso los extremos más lejanos de aquella zona montañosa.

Siguieron subiendo más todavía, hasta la franja rocosa superior del Shiwalik, donde los viajeros descansaron durante la noche en la avenida Chitwan antes de retomar el camino y atravesar el Paso Mohan para llegar al Mahabharat Lekh, donde se alzaba la primera de las gigantes cas puertas que resguardaban las cimas titánicas igual que un pórtico sepulcral que diera acceso a la guarida de un gigante dormido.

Era la puerta Primus. En épocas más pacíficas, la luz del sol hacía que la plata damasquinada y el lapislázuli del artesanado brillaran como el rocío matutino del primer día de la creación. El propio artesanado estaba recubierto de placas de adamantio. Todas las joyas y materiales preciosos de talla exquisita, que habían sido la primera visión del palacio del Emperador que tenían los viajeros, se encontraban resguardadas en una serie de criptas seguras. Unas grúas gigantes y enormes montacargas salpicaban las almenas de los muros, y de las puntas destellantes de los sopletes caían cascadas de chispas.

Miles de suplicantes y de peregrinos se congregaban pacientemente delante de la puerta a la espera de su turno para atravesar aquella magnífica y enorme construcción. No todos llegarían hasta el corazón majestuoso del palacio. La subida sería demasiado ardua para muchos, el viaje demasiado largo, o las maravillas que contemplarían les resultarían imposibles de soportar. Una falange de soldados con placas pectorales relucientes de marfil y jade montaban guardia alrededor de los suplicantes. El ambiente estaba cargado de una extraña sensación atemorizadora. Una figura solitaria cubierta con una armadura dorada se movía entre la multitud. El color carmesí de la cola de caballo que remataba su casco puntiagudo destacaba como una mancha de sangre en mitad de la nieve.

La puerta Primus jamás antes había estado cerrada, y el hecho evidente de que ahora lo estuviera indicaba muy claramente que la galaxia había cambiado por completo. La humanidad tenía un nuevo enemigo, uno que tenía un rostro conocido y cuyos agentes incluso podían estar ya infiltrados entre ellos.

Los ciudadanos de Terra ya no podían caminar con libertad dentro de los dominios del señor de la humanidad.

Hasta aquel momento, el trayecto que los viajeros habían seguido en su ascensión a los picos apenas había sufrido los rigores de las nuevas medidas de seguridad que rodeaban al palacio del Emperador, casi del tamaño de un continente, pero se habían acercado demasiado a la llama brillante del corazón del Imperio como para pasar desapercibidos. Millones de trabajadores inmigrantes habían acudido al palacio, y había que vigilar muchos rostros.

Al final, no les resultó muy difícil cruzar la puerta Primus. No sufrieron muchos inconvenientes para hacerlo porque disponían de documentos en los que se veía el sello de una de las principales casas navegantes, y el tono amatista de ese monograma recibió el respeto debido por parte de los castellanos de la puerta cuando les franquearon el paso. Cruzar la sombra interior de la puerta les llevó bastantes horas, y una vez se encontraron al otro lado, contemplaron la magnificencia del palacio propiamente dicho.

El conjunto de edificios había sido descrito como una corona de luz sobre el pináculo del mundo, una masa del tamaño de un continente de brillantez arquitectónica sin parangón, como la mayor obra de la humanidad. Sin embargo, ninguna de esas descripciones conseguía transmitir su inmensidad de calibre épico, el increíble peso del asombro que producía y la imposibilidad de su propia existencia colosal. Muchos de los suplicantes, que habían gastado los ahorros de toda su vida para ver el palacio, cruzaban aquella primera puerta y ya no ascendían más, anonadados hasta el aturdimiento simplemente con la visión de la menor de sus avenidas, paseos o torres. Era una obra monumental, construida no a la escala de los seres humanos, sino de los dioses.

Más allá de los anillos de embarque y de las llanuras de aterrizaje de la meseta de Brahmaputra se alzaban las cimas más altas: la Montaña Desnuda, la Gran Negra, la Diosa Turquesa y la que antaño había sido la más impresionante de todas, la Madre Sagrada. Ninguna de ellas había escapado de las máquinas del Mechanicum o de los arquitectos de guerra del Emperador. Les habían allanado las cúspides y habían perforado en profundidad sus cimientos rocosos para anclar las pilastras de sostén del inmenso palacio.

—Impresionante —comentó Bellan Tortega desde la parte trasera del aerodeslizador blindado.

Kai Zulane miró al cirujano psíquico con expresión hostil.
—Te odio —le dijo.

Las paredes interiores del aerodeslizador estaban cubiertas de paneles de madera traída de los bosques de hoja ancha de Yolaueu, mientras que las superficies metálicas estaban chapadas con platino repujado. Unas placas pictográficas engastadas mostraban una serie de serenos paisajes alienígenas en movimiento. Los asientos estaban tapizados con terciopelo grueso de color amatista con el emblema de la Casa Castana bordado en oro. La disposición sutil de las luces amortiguaba los ángulos más duros de aquel interior de aspecto cómodo. El bar, bien provisto de bebidas frías, hacía que incluso el viaje más largo se pudiera hacer con comodidad. Lo único que estropeaba el ambiente de lujo y elegancia era la presencia de los cuatro guardias armados de la Casa Castana.

Iban equipados con armaduras de cuero cubiertas con placas de caparazón de un negro brillante, y llenaban el espacio interior del vehículo con sus voluminosos cuerpos modificados. La Casa Castana era una de las principales familias dentro de la Navis Nobilite, y se podía permitir sin problemas el enorme coste que suponían los implantes potenciadores del Mechanicum que utilizaban en su personal de seguridad. Sus rostros estaban ocultos tras los visores de los cascos, también de color negro brillante. Cada uno de ellos tenía acoplado un amortiguador psíquico cristalino, lo mismo que el propio aerodeslizador, que los protegía de cualquier intrusión psíquica.

En teoría, aquellos individuos eran su escolta de protección, pero las escopetas de combate que empuñaban con fuerza en sus manos cubiertas con guanteletes de cuero no le dejaban duda alguna a Kai de que, en realidad, era poco más que su prisionero. Se recostó de nuevo contra el respaldo del amplio sillón y descubrió que era incapaz de disfrutar de la comodidad que antaño había dado por sentada. Tenía en las manos un vaso de amasec de color caoba. Hizo girar el licor en el interior de aquel cristal tallado que costaba más de lo que la mayoría de los ciudadanos lograba ganar en un año. Pensó durante unos momentos en tirar el vaso por la ventana, pero decidió que con aquel acto de rebeldía tan mezquino sólo lograría irritarse consigo mismo más tarde.

Además, el licor calmaba el mareo psíquico que lo afectaba desde que había regresado a Terra.

Bellan Tortega, que se encontraba sentado frente a Kai, miraba por la ventana con la boca abierta y expresión de deleite absoluto en la cara.

Era la primera vez que el cirujano visitaba el palacio, y se notaba. Desde que habían cruzado la puerta Primus, casi veinte horas atrás, había ido mencionando los distintos hitos geográficos mientras se maravillaba del enorme número de personas que se encontraban dentro del perímetro del palacio. La ruta que siguieron les hizo sobrevolar la meseta de Brahmaputra, y Kai mantuvo una expresión fingida de aburrimiento durante todo el viaje. Sabía que era todo un honor contemplar la cuna de la humanidad de un modo tan cercano, pero estaba demasiado inmerso en su lamentable propia situación como para fijarse demasiado en el entorno que lo rodeaba.

—Creo que ese anfiteatro cubierto, el que está rodeado de andamios, es el Inbestiario —comentó Tortega—. Las estatuas de los primarcas del interior están cubiertas con sudarios de luto.

—¿Por qué? —preguntó Kai.

—¿Qué quieres decir?

—¿De qué sirve cubrir una estatua? No es que puedan ver, precisamente.

—Es algo simbólico, Kai —le explicó Tortega—. Representa el deseo del Emperador de proteger a sus hijos de la traición de sus hermanos.

—Si quieres saber mi opinión, representa una tremenda pérdida de tiempo. Tenía la impresión de que el Emperador estaría más preocupado por otras cosas que por un simbolismo sin utilidad alguna.

Tortega soltó un suspiro.

—¿Sabes cuál es tu problema principal, Kai?

—Sé muy bien cuáles son mis problemas, mi querido cirujano —le replicó Kai—. Tú te encargas de recordármelo todos los días.

—No eres capaz de apreciar toda la suerte que tienes —continuó Tortega, como si Kai no hubiera hablado.

Éste se contuvo para no contestarle con un comentario cáustico y tomó otro trago.

—El patriarca Verduchina habría estado en todo su derecho de expulsarte del Adeptus Astra Telephatica, y entonces, ¿qué habrías hecho? Los sabuesos psíquicos te habrían detectado en menos de un día.

Kai ya había intentado poner fin a aquellos sermones mientras se encontraba en las instalaciones médicas que la Casa Castana tenía en la rocosa isla de Kyprios. Sin embargo, el tiempo le había hecho darse cuenta de que, una vez que empezaba, no había forma de hacer callar a Tortega.

—¿Crees que te hubieras podido permitir esos implantes ópticos sin la ayuda de la Casa Castana? —siguió sermoneándolo Tortega—. Fíjate bien en lo que te digo: si avergüenzas a nuestra casa navegante, te los quitarán. Jovencito, tienes mucho por lo que estar agradecido, y ya va siendo hora de que te des cuenta, antes de que sea demasiado tarde.

—Ya es demasiado tarde, y si no, fíjate hacia dónde nos dirigimos —le replicó Kai.

—Nos dirigimos hacia la cuna de nuestra especie, Kai, y cuando el Imperio quede unido una vez más después de esta guerra insensata, la gente acudirá en masa a este lugar —le respondió Tortega al mismo tiempo que se inclinaba hacia adelante y ponía una mano en la rodilla de Kai.

La sensación fue dolorosa, y Kai se sobresaltó ante el exceso de familiaridad que demostraba el cirujano con aquel gesto.

—No me toques —le espetó Kai—. ¿Es que no sabes nada sobre los telépatas? ¿De verdad quieres que me entere de todos esos secretillos sucios que ocultas?

Tortega apartó la mano de golpe, y Kai negó con la cabeza.

—Idiota. No tengo el talento de la psicometría, pero te has preocupado mucho, ¿verdad? ¿Qué es lo que le ocultas el viejo Verduchina? ¿Te drogas? ¿Tienes relaciones ilícitas con tus pacientes? ¿Muestras una actitud sexual aberrante?

El rostro del cirujano enrojeció, y Kai se echó a reír.

—Tortega, no eres más que un hombrecillo penoso. ¿De verdad crees que Verduchina te valora? Para él no eres nada, poco más que un especialista del que puede prescindir sin problemas. Eso si es que realmente sabe cómo te llamas.

—Eso es el Osario Hamazan —le contestó Tortega con voz altanera—. He visto pictografías del lugar, pero ninguna refleja la grandiosidad de su escala. Es necesario verlo de verdad para apreciar la armonía de sus proporciones. Y allí... Creo que ese portal con columnata, con esos remates dorados y las cúpulas con forma de copa de árboles con grandes hojas conducen a la Torre Astartes. Se dice que fue el último lugar donde el Emperador y los primarcas se reunieron antes de que partieran las flotas expedicionarias hacia los rincones más lejanos del Imperio. Las gloriosas arias de *La veintena de héroes* nos hablan de cada uno de los días que el Emperador pasó con sus hijos.

—Estoy seguro de que ahora mismo desearía haber pasado más días con ellos —comentó Kai antes de beberse de un trago lo que queda-

ba de amasec para luego poner la copa sobre el ancho reposabrazos de caoba pulida. Tuvo ganas de beberse otra, de beberse una botella entera, cualquier cosa con tal de mitigar el dolor.

—¿Qué quieres decir? —quiso saber Tortega.

—Que quizá si el Emperador hubiera pasado más de un día junto a Horus Lupercal no estaríamos metidos en este lío.

—Silencio —le ordenó Tortega—. No puedes decir algo así, no aquí, en este lugar.

—¿Quién me lo va a impedir?

Tortega negó con la cabeza.

—¿Qué placer encuentras en ser tan provocador?

Kai se encogió de hombros.

—Sólo me he limitado a señalar que si el Emperador hubiera pasado más tiempo con sus primarcas, quizá no se habrían vuelto contra él. No es que pensar eso sea precisamente una traición.

—¿Quién puede decir hoy día qué es una traición?

—Pues pregúntale a la Hueste Cruzada —le replicó Kai—. Seguro que ellos te lo pueden decir.

Tardaron otro día en llegar al final de su viaje. Tortega pasó todo ese tiempo enumerando las maravillas del palacio que probablemente jamás volvería a ver: la Galería Invernal, la Tumba de Upanizad, la Sala de los Suplicantes, el Observatorio de Cristal, el Preceptorio, ennegrecido por el fuego, la Larga Estancia y la Forja de Carne y Acero, donde se había firmado finalmente el histórico pacto entre el sacerdocio de Marte y Terra. El águila de doble cabeza que remataba el edificio estaba tallada en ouslita y pórfido. Tenía un aspecto ensangrentado bajo los rayos del sol poniente.

Kai sintió la presencia de la Ciudad de la Visión mucho antes de verla aparecer en el horizonte. Era un lugar vacío y lúgubre en mitad de la bulliciosa actividad mental del palacio. Los amortiguadores psíquicos acoplados al aerodeslizador habían bloqueado prácticamente todos los pensamientos de los millones de trabajadores, operarios, escribas, técnicos, artesanos y soldados que abarrotaban el interior de las murallas del palacio, pero Kai había sentido el palpitar de trasfondo de una población tan numerosa.

Cuando se acercaron al cuartel general del Adeptus Astra Telepathica no sintió nada, ni un solo rastro de que alguien viviera en aquella parte aislada y apartada del palacio. Kai sabía que no estaba abandonada,

ya que había pasado casi una década entre sus torres de aspecto desolador, donde aprendió a controlar sus poderes en beneficio del Imperio. Al recordar aquellos días sintió una nostalgia momentánea, pero la reprimió con amargura, ya que aquel viaje no era un feliz regreso al hogar.

Mientras que otras zonas del palacio eran una celebración de la Unidad, los constructores de la Ciudad de la Visión parecían haberse propuesto edificar algo que pesara en el alma al verlo. Más allá de los dominios de los astrópatas, la arquitectura del palacio estaba diseñada para glorificar los logros de la humanidad, y todas las estatuas tenían como objetivo recordar a una población agradecida todo lo que se había reconstruido tras las terribles guerras mundiales que habían azotado todo el planeta y que casi habían llevado a la humanidad a la extinción.

No se veía nada de eso en la Ciudad de la Visión, y Kai sólo sintió una desesperación angustiada cuando el aerodeslizador pasó bajo el Arco de Obsidiana y atravesó las murallas exteriores. Tortega volvió la cabeza para contemplar el bosque de torres de hierro, de barracas sin luz y de avenidas silenciosas de su interior. Las calles del palacio que se extendían al otro lado del arco de color negro brillante estaban abarrotadas por una masa ingente de seres humanos, pero las vías de la Ciudad de la Visión sólo las recorrían fantasmas solitarios vestidos con túnicas verdes y con las capuchas echadas sobre el rostro.

—Supongo que debes de tener muchos recuerdos de este lugar —comentó Tortega.

Kai hizo un gesto de asentimiento antes de contestar.

—La verdad es que te odio mucho.

Era una insensatez salir a las calles a una hora tan tardía, pero a Roxanne no le quedaba más remedio que arriesgarse en mitad de la oscuridad. Aunque ya era noche cerrada, la Ciudad de los Suplicantes nunca estaba del todo a oscuras. Las hogueras encendidas iluminaban de forma intermitente las paredes de los edificios que la rodeaban. Además de los faroles que colgaban de los postes improvisados colocados en la calle.

El humo de los quemadores químicos se pegaba a las estructuras inclinadas construidas con paneles prefabricados robados de los montones de desechos del Mechanicum o de los campos de construcción que se extendían delante de las murallas del palacio. De algunas de las cabañas de mayor tamaño sobresalían unas antenas que se elevaban hacia la neblina humeante que flotaba sobre aquella ciudad improvisada. Había estandartes empavesados de un extremo a otro de las casas para

atenuar la imagen de miseria, pero era un esfuerzo fallido. La pared que tenía al lado en esos momentos estaba cubierta de folletos del *Lectio Divinitatus*, impresos de forma burda sobre antiguas hojas de propaganda.

Todos los instintos de Roxanne se habían opuesto a que saliera del templo, pero ver a los dos niños de Maya llorando de forma inconsolable la había convencido de que no tenía otra opción. La infección que devastaba sus pequeños cuerpos estaba muy avanzada, y sin medicinas estarían muertos a la mañana siguiente. Dos de los hijos de Maya ya se encontraban a los pies del Ángel Ausente mientras ella lloraba y gemía delante del rostro sin rasgos.

Palladis le había indicado cómo llegar a la Casa de la Serpiente, y Roxanne se esforzó por seguir las instrucciones al pie de la letra. Jamás se había alejado tanto del templo, y la experiencia le estaba resultando al mismo tiempo algo emocionante y aterrador. Para una muchacha que había crecido siendo prácticamente una prisionera de su propia familia, aquella sensación de peligro era liberadora y embriagadora.

Y del mismo modo que la ciudad nunca estaba completamente a oscuras, jamás estaba completamente en silencio.

El metal chocaba contra el metal, los niños lloraban, las madres chillaban, los predicadores dementes leían sus sagradas escrituras donde proclamaban dios al Emperador y los borrachos gritaban obscenidades a la noche. Roxanne había leído numerosos tomos de historia que había sacado de la biblioteca familiar, donde se hablaba de las ciudades de la Vieja Terra. Se las describía como pocilgas abarrotadas donde vivían millones de personas pegadas las unas a las otras en un estado de pobreza atroz.

Sus tutores, cuidadosamente elegidos y censurados, le habían asegurado que eso pertenecía al pasado, a una época anterior al advenimiento del Emperador. A los ojos de Roxanne, abiertos hacía tan poco al mundo, nada había cambiado mucho. Le parecía absurdo que una pobreza como aquella existiera a la sombra de un palacio como aquél, el símbolo vivo de una nueva era de progreso e iluminación. El halo de color dorado que rodeaba al palacio iluminaba los edificios más altos de aquellos arquitectos de talla heroica con un resplandor centelleante, pero poca de aquella luz y de las maravillas que los ejércitos del Emperador llevaban a los rincones de la galaxia caía sobre la Ciudad de los Suplicantes.

Roxanne se preguntó si su familia habría enviado a alguien a buscarla, si en esos mismos instantes habría agentes de la casa de su padre

buscando a su díscola hija por las calles de la ciudad. Quizá, aunque lo más probable era que no fuese así. Todavía no se había apagado el clamor por el escándalo que había provocado su último viaje, y se imaginó que habría algunos en la jerarquía familiar que estarían más que encantados de que se perdiera entre la masa de gente anónima.

Se sacó todas aquellas ideas de la cabeza y se concentró en el camino que tenía que seguir.

Ya era bastante peligroso recorrer las calles de la ciudad a esas horas de la noche como para dejar que la mente divagara sobre las injusticias del mundo o de la vida a la que le había dado la espalda. Ésa era su vida en aquel momento, y era todo lo distinta que podía ser de la vida anterior que había conocido.

Iba vestida con una túnica de capucha de un tejido basto de color marrón semejante al del lodo, algo que Roxanne no se hubiera imaginado ni en sus sueños más alocados unos pocos meses antes. Gracias a esa indumentaria, pasaba desapercibida por completo en las calles. Las pocas personas con las que se cruzó procuraron esquivar su mirada y siguieron sus furtivos caminos a través de la ciudad. Roxanne mantuvo la capucha bien echada sobre el rostro para mantenerlo en las sombras, y caminó con el paso encorvado común entre los habitantes de la ciudad.

Cuanto menos llamara la atención, mejor.

La Casa de la Serpiente se encontraba en las profundidades del territorio de Dhakal, y tenía muy claro que no quería encontrarse con ninguno de los hombres de Babu antes de llegar allí. Con suerte, sólo la matarían con rapidez y le robarían todo lo que llevara. En el peor de los casos, la violarían sin prisas antes de arrojar su cuerpo desmembrado a las alcantarillas.

Roxanne había visto el cuerpo de una chica que se había tropezado con Ghota, el matón más temido de Babu, y le resultó imposible comprender cómo un ser humano podría cometer unos actos tan terribles. El padre de la chica la había llevado al templo y también les había entregado todo lo que poseía. Palladis había intentado impedir que el hombre se marchara, ya que sabía muy bien hacia dónde se dirigiría a continuación, pero la tristeza del padre era inconsolable. La noche siguiente encontraron su cuerpo descuartizado colgando de una serie de ganchos de hierro para carne situados en el límite del territorio de Dhakal.

Sí, era peligroso adentrarse en las calles de la Ciudad de los Suplicantes después de la puesta del sol, pero los niños de Maya necesitaban los contrabióticos, y Antioch era el único cirujano que disponía de me-

dicinas que no habían sido apenas adulteradas con impurezas hasta el punto de resultar nocivas. Los precios del anciano eran prohibitivos, pero eso a Palladis no le importaba cuando estaba en juego la vida de unos niños.

De todas maneras, ¿qué precio se le podía poner a una vida si al templo nunca le faltaba el dinero?

Los desconsolados eran generosos con sus donaciones, como si temieran que cualquier sospecha de reticencia a la hora de dar dinero pudiera impedir de algún modo que sus parientes fallecidos encontraran la paz. La Verdad Imperial proclamaba que no había vida más allá de la existencia física, que la muerte era el final del viaje para cualquier persona. Sin embargo, Roxanne conocía la auténtica verdad. Había mirado en los dominios tenebrosos que se extendían más allá de las fronteras horriblemente permeables de la realidad y había visto cosas que la habían hecho cuestionarse todo lo que le habían enseñado.

Se sacó de la cabeza aquellos pensamientos tan peligrosos. Notó que se le aceleraban la respiración y el ritmo cardíaco. Una serie de recuerdos reprimidos amenazaron con salir a la superficie, unos horrores de cuerpos despellejados que ardían desde la médula de los huesos, con órganos húmedos que colgaban de torsos reventados y cráneos pulidos a lametones. Roxanne se esforzó por ahogar todos aquellos recuerdos intentando contraerse en algo sin importancia.

La pared que tenía al lado estaba cubierta de pintadas, y se concentró por completo en ellas al mismo tiempo que a su memoria llegaban los recuerdos del olor a sangre y del hedor a ozono de los escudos sobrecargados. Se trataba de un mural que mostraba a los enormes guerreros de las Legiones Astartes en un planeta recién conquistado. La imagen estaba pintada con colores llamativos y tenía un trazo firme y vigoroso, aunque carecía de cualquier mérito estético. Era evidente que el artista no conocía el verdadero tamaño de un guerrero astartes, ya que las figuras con armadura eran sólo un poco más grandes que los soldados humanos que las acompañaban.

Roxanne había sido testigo del tremendo poder de las Legiones Astartes, y sabía lo anormalmente gigantescos que eran sus guerreros, con unos cuerpos semejantes a los de los ogros, pero sorprendentemente flexibles y ágiles.

El mural había sufrido una serie de ataques y varias de las figuras estaban cubiertas de pintura blanca que habían arrojado sobre ellas y por soflamas que le aseguraban que el Emperador la protegía. El púrpu-

ra de los Hijos del Emperador y el azul de los Devoradores de Mundos prácticamente habían desaparecido, mientras que el blanco y el verde ocre de la Guardia de la Muerte todavía eran un poco visibles por debajo de los grandes brochazos con que habían intentado taparlos. Un lobo lunar aullaba detrás de una gran mancha de pintura, mientras que la cara de un guerrero de hierro había sido arrancada a golpes de la pared y yacía hecha pedazos en el suelo.

Roxanne comenzó a respirar con mayor lentitud y alargó una mano para tocar el mural, y dejó que la solidez tranquilizadora de la pared la llevara de vuelta a un punto de equilibrio. Cerró los ojos y apoyó la frente en los ladrillos de superficie áspera. Luego respiró con lentitud y se imaginó la extensión de todo un páramo desolado y desierto. La fetidez metálica de las entrañas derramadas se desvaneció, y el olor penetrante a carne quemada y a sudor rancio regresó con todo su hedor humano. El aroma tóxico de las varitas de bac remataba aquella combinación de olores.

—En el desierto no hay vida —recitó recordando el mantra que sus tutores le habían enseñado hacía ya tantos años—. En el desierto estoy sola, y nada puede tocarme. Estoy intacta.

—Pues es mala suerte que no estés en un desierto, pequeña —gruñó una voz a su espalda.

Roxanne se dio la vuelta aterrorizada. Todo lo que pensaba sobre el equilibrio y el desierto voló de su cabeza como hojas otoñales impulsadas por un vendaval. Vio a tres hombres, vestidos con monos de trabajo de tejido basto y abrigados con gruesas pieles, apoyados en la pared situada enfrente del mural. Los tres estaban fumando, y las nubes de humo azul flotaban sobre sus cabezas como una capa de contaminación. Era individuos morenos de piel arrugada, de aspecto brutal y torpe, pero Roxanne sabía muy bien que no debía considerarlos unos simples matones o unos borrachos.

—No quiero problemas —dijo Roxanne a la vez que les mostraba las palmas de las manos.

Los tres se echaron a reír, y uno de ellos, un individuo con ojos pequeños y un largo mostacho cuyas guías apuntaban hacia el suelo, dio varios pasos hacia ella y tiró al suelo lo que estaba fumando.

—Mala suerte, pequeña, porque resulta que son los problemas los que te quieren a ti.

—Por favor... Si sois hombres de Babu Dhakal, deberíais marcharos. Sería mejor para todos que me dejarais tranquila. Hacedme caso.

—Si sabes que trabajamos para Babu, sabrás que no dejaremos que te vayas —le contestó el hombre al mismo tiempo que indicaba con un gesto a sus compañeros que avanzaran hasta ponerse a su lado.

Roxanne se fijó en las grandes pistolas que llevaban remetidas en la cintura de sus monos de trabajo y unas primitivas porras metálicas hechas a mano que llevaban sujetadas a los muslos. El tipo del mostacho sacó un arma reluciente del cinto, un largo cuchillo con la hoja curva. Se la llevó a los labios y pasó la lengua amarillenta por el borde afilado. La sangre le resbaló por la barbilla, y luego le sonrió, lo que dejó a la vista unos dientes enrojecidos.

—Eres de la iglesia de la muerte, ¿verdad? —le preguntó el individuo.

—Sí, pertenezco al Templo de la Aficción —le confirmó Roxanne, procurando mantener la voz lo más tranquila posible—. Por eso deberíais dejarme tranquila.

—Ya es demasiado tarde para eso, pequeña. Supongo que te diriges a casa de Antioch, lo que significa que llevas bastante dinero encima para poder permitirte pagar sus precios. Dámelo y nos portaremos bien. A lo mejor sólo te cortamos un poquito.

—No puedo hacerlo.

—Por supuesto que puedes. Sólo tienes que meter una mano en la túnica y dárnoslo. Hazme caso, todo te será más fácil si lo haces. Anil y Murat no son tan amables como yo, y ya están pensando en matarte.

—Si os doy el dinero estaréis matando a dos niños —le explicó Roxanne.

El sujeto se encogió de hombros.

—No serían los primeros, y no creo que sean los últimos.

El matón hizo un gesto y sus dos acompañantes se lanzaron a por ella. Roxanne se dio media vuelta y echó a correr hacia el extremo de la calle. Gritó pidiendo una ayuda que sabía que nadie le iba a prestar. Una mano la agarró por la túnica, pero consiguió zafarse. Luego un puño le dio de lleno en el hombro y se tambaleó hacia adelante. Tuvo que alargar la mano hacia la pared para recuperar el equilibrio y no caerse.

Una parte de la pared de adobe se desplomó y Roxanne gritó al caer de rodillas. Abrió los ojos y vio que estaba cara a cara con un bloque pequeño que mostraba el casco de un guerrero de armadura roja y blanca. Alguien le plantó un pie entre los hombros y la empujó con fuerza. Roxanne dio de lleno con la cara contra la tierra de la calle y la

boca se le llenó de sangre cuando se mordió la mejilla por dentro. Unas manos ásperas le dieron la vuelta para ponerla boca arriba.

La capucha se le cayó, junto al pañuelo con el que se había recogido el cabello. Su atacante sonrió con una boca a la que le faltaban la mitad de los dientes.

—¡Bonita, bonita!

La luz de una lámpara cercana se reflejó en la porra metálica.

Otro par de manos le abrieron la túnica, y Roxanne comenzó a forcejear.

—¡Soltadme! —les gritó, pero los hombres de Babu Dhakal no le hicieron caso.

—Te lo advertí —le respondió el jefe de los matones en un tono de voz casi amistoso.

—No. ¡Yo te lo advertí! —le contestó Roxanne.

El matón que estaba manoteando para quitarle el cinturón comenzó a sacudirse en un ataque de espasmos, igual que si estuviera sufriendo una descarga eléctrica de alto voltaje. De la boca le salió un chorro de saliva espumeante salpicada de sangre, y los ojos se le derrieron en las cuencas oculares para convertirse en un vapor espeso, casi gelatinoso. El individuo comenzó a chillar y se apartó de inmediato de Roxanne mientras se arañaba el cráneo humeante y pataleaba como si lo estuviese atacando una horda de enemigos invisibles.

—¿Qué es lo que le has hecho? —rugió el segundo atacante mientras retrocedía de espaldas aterrorizado.

Roxanne se incorporó y escupió un diente roto. La rabia y el dolor que sentía eran demasiado intensos como para pensar en tener compasión. Miró fijamente al hombre aterrorizado e hizo una vez más lo que sus tutores le habían advertido siempre que no hiciera.

El individuo aulló al mismo tiempo que de la nariz y de los oídos le salían chorros de sangre de un color rojo brillante. Perdió la vida en apenas un instante, y se desplomó contra la pared como si se hubiera desmayado a causa de una borrachera. Roxanne se puso en pie tambaleándose mientras el tercero de la banda se apartaba de ella con el pánico dibujado en el rostro.

—¡Eres una *boksi*! ¡Una bruja demoníaca! —gritó.

—Te dije que me dejarais en paz, pero no quisiste hacerme caso —le respondió Roxanne.

—¡Voy a matarte! —aulló el matón a la vez que llevaba una mano a la pistola.

Se desplomó hacia atrás antes de que tuviera tiempo siquiera de sacar el arma del cinto. La materia gris de su cerebro brotó licuada y borboteante por todos y cada uno de los orificios del cráneo. Finalmente, se derrumbó sobre un costado, y la cabeza se aplastó al estrellarse contra el suelo como si no fuera más que una vejiga de aire vacía.

Roxanne se apoyó en la pared que tenía detrás para mantener el equilibrio. Se había quedado sin aliento ante la violencia que había desatado. Recuperó con rapidez el pañuelo y se cubrió la cara con la capucha para que nadie le viera el rostro y se diera cuenta de lo que era.

Una vez más, la sangre y la muerte habían seguido sus pasos. Era lo que los antiguos marineros llamaban un «Jonás», alguien que daba mala suerte. Parecía que no importaba dónde fuera o se escondiera, el infortunio y la muerte la rodeaban. No había tenido intención de matar a aquellos hombres, pero el puro instinto de supervivencia se había apoderado de ella y no pudo hacer nada para impedirlo.

Vio los tatuajes de clan que cubrían el brazo del primer hombre al que había matado y la inundó una sensación helada al darse cuenta de lo que había hecho.

¡Eran hombres de Babu Dhakal!

Exigiría sangre a cambio de sus muertes, y Babu Dhakal no era un individuo dado a contenerse en sus venganzas. Cuando se produjeran las represalias, serían muchísimo peores que lo que había hecho ella.

—Por el Trono, ¿qué he hecho? —musitó.

Roxanne huyó hacia la noche.

El aerodeslizador sobrevoló la Ciudad de la Visión. Sus colores azul y amatista relucieron bajo las largas sombras que llenaban las grandes y lúgubres zonas edificadas. Había pocas estatuas en aquella zona del palacio, y aunque muchos de los edificios de piedra pálida y numerosas columnas tenían unas proporciones enormes, eran unas estructuras sombrías y monolíticas que se aplastaban contra la superficie de la montaña igual que unos agujeros negros arquitectónicos que absorbían toda la luz y la calidez del día que se acababa.

Kai sabía que estaba pensando de un modo melodramático, un rasgo que despreciaba en los demás, pero no fue capaz de evitar caer en esa especie de autoindulgencia. Creía desde hacía tiempo que ya no tendría nada que ver con aquel lugar, pero allí estaba de nuevo, devuelto como un aspirante fracasado.

La montaña hueca se alzaba por encima de la ciudad y su sombra

la cubría. Aunque se esforzaba por adoptar un aire de desinterés, simplemente con pensar en que lo encerraban allí le provocaba sacudidas de miedo que lo dejaban sin respiración. Se sacó de la cabeza cualquier pensamiento sobre aquel lugar terrible y se concentró en la avenida que se extendía ante ellos. Tortege se había apartado de la ventana, lo que demostraba que hasta un idiota como él era capaz de captar el ambiente de solemnidad que embargaba a toda la Ciudad de la Visión. Kai utilizó una mínima fracción de su poder psíquico para determinar en qué lugar se encontraba exactamente. Gracias a sus ojos biónicos, unos implantes oculares de precisión fabricados e instalados por los adeptos del Mechanicum asignados a la Casa Castana, no necesitaba apenas utilizar su visión mental. Tardó unos instantes en reajustar su percepción para pasar del sentido visual al psíquico.

Cerró los ojos y captó el peso de los edificios cercanos, el volumen etéreo de muchas de las altas torres de psíquicos. Tardó también un momento en orientarse, pero pocos segundos después ya le había dado forma a la arquitectura convertida en cintas de luz y en hebras relucientes de color. El aerodeslizador estaba sobrevolando en esos momentos la Galería de los Espejos, un edificio inmenso parecido a una catedral a través del cual pasaban los iniciados que habían superado las pruebas cuando se dirigían a las cavernas de aspecto impresionante que se extendían bajo la ciudad. Cuando ya estuvieran en las profundidades del palacio, se arrodillarían ante el Emperador y los increíblemente complicados trazados neurológicos de sus mentes serían reorganizados de manera que resistieran mejor los peligros de la disformidad. Sería un proceso extremadamente doloroso.

Kai recordó cómo a su grupo lo había escoltado una compañía de centinelas negros. Se había sentido nervioso, emocionado e inseguro respecto a lo que le esperaba. Supuso que los espejos colocados a lo largo del camino tenían como propósito que los aspirantes tuvieran la oportunidad de ver sus propios rostros antes de que los ojos se les quemaran en las cuencas oculares debido a una fuerza tan poderosa que era inimaginable. Kai no había sido capaz de decidir a lo largo de los años posteriores a su recorrido por aquel lugar si aquello era un acto misericordioso o cruel.

Se sacó de la cabeza aquel recuerdo. No quería rememorar un momento especial como aquél delante de unos individuos que confundirían la expresión de dolor de su rostro con una de temor ante lo que se avecinaba. En vez de eso, lanzó su mente hacia adelante, a lo largo del

plano liso de la avenida que llevaba hasta la torre más alta de la ciudad. La Torre de los Susurros se alzaba solitaria respecto a las demás, y era la única que brillaba con un resplandor entrelazado de luz plateada, aunque se trataba de una luz que brillaba más allá de la capacidad de los simples mortales para captarla.

Sin embargo, a pesar de todo ese brillo, su resplandor quedaba completamente eclipsado por la ardiente lanza luminosa que surgía de la montaña hueca. Ese brillo era de una magnitud completamente distinta, y Kai logró apartarla de su percepción sólo mediante un tremendo esfuerzo.

—¿Por qué no hay telépatas en las calles? —quiso saber Tortega—. Sólo veo servidores, mensajeros sherpas y unos cuantos siervos del Mechanicum.

Kai abrió los ojos y el paisaje urbano de luces y de colores se desvaneció en su mente, sustituido por la vulgar geometría de la piedra y los ángulos inamovibles. Aunque había aceptado de inmediato la oportunidad de recuperar su capacidad de visión física, en momentos como ése deseaba no haberlo hecho.

—Los estudiantes y los adeptos del Telepathica se mueven sobre todo a través de una red de túneles y vías excavadas en la roca, por debajo de la ciudad. Muy pocos suben a la superficie si pueden evitarlo.

—¿Por qué?

Kai se encogió de hombros.

—La sensación de la luz y el calor del sol en la piel no es más que un recordatorio de lo que han perdido.

—Por supuesto... Ya lo entiendo —dijo Tortega al mismo tiempo que asentía con lentitud, como si hubiese comprendido un complejo concepto de la psique humana en vez de algo que debería haberle resultado obvio.

—Los muros de la ciudad y la propia roca tienen engastadas líneas de cristales psicointerruptores, lo que hace que las profundidades también sean más tranquilas —le explicó Kai—. Viajar por la superficie supone una experiencia muy ruidosa para cualquier astrópata. No haces más que oír pensamientos incontrolados, cháchara aleatoria y emociones desatadas. Por supuesto, te enseñan a mantener todo eso fuera de la cabeza, pero siempre está presente, como un ruido de fondo. Lo que ocurre es que es más fácil viajar cuando no lo oyes.

—¿Ahora mismo estás oyendo algo?

—Sólo tu verborrea incesante —le contestó Kai.

Tortega dejó escapar un suspiro.

—Esa hostilidad tuya no es más que un mecanismo de defensa, Kai. Déjalo.

—Déjame tú en paz —le replicó éste.

Kai apoyó la cabeza en el tejido blanco del reposacabezas y cerró los ojos. Su visión psíquica captó de inmediato el brillo titilante de la Torre de los Susurros y el de las mentes que los esperaban en la entrada.

Una brillaba con la calidez del reencuentro, mientras que la otra resplandecía cargada de una hostilidad que ni siquiera un casco con amortiguación psíquica era capaz de contener.

El aerodeslizador descendió con suavidad hasta posarse. Las compuertas semejantes a las alas de un murciélago se abrieron con el siseo de los sistemas neumáticos de alta presión. Tres de los individuos armados bajaron de inmediato, mientras que el cuarto le indicó a Kai y a Tortega con un breve movimiento de barrido del cañón de la escopeta que debían bajar también. Tortega se apresuró a obedecerlo, pero Kai se sirvió otra copa de amasec. Se tomó su tiempo e intentó retrasar todo lo posible lo que era inevitable.

—Sal ya —le ordenó el guardia.

—Una última copa. Créeme, ahí abajo no tienen nada tan bueno como esto ni de lejos —le respondió Kai.

Se bebió la copa de un solo trago, y se echó a toser cuando el licor le quemó la garganta.

—¿Ya has terminado? —le preguntó el visor sin expresión alguna que tenía delante.

—Sí, parece que se me ha terminado todo —le contestó Kai con sarcasmo.

El astrópata sacó la botella del bar de refrigeración y se la colocó debajo de un brazo mientras salía y abandonaba la agradable calidez del aerodeslizador.

El aire helado de la montaña lo golpeó con la fuerza de un puñetazo, y la primera inhalación le quemó la garganta aún más dolorosamente que el propio amasec. Había olvidado el frío tan tremendo que hacía allí, que lograba que dolieran hasta los huesos. Había olvidado muchas cosas de la Ciudad de la Visión, pero jamás olvidó la amabilidad de la mujer que salió del arco de entrada a la torre.

—Hola, Kai. Me alegro de volver a verte —le dijo Sarashina.

—Lady Sarashina. —Saludó él con una leve reverencia—. Espero que no me malinterpretéis, pero no puedo decir lo mismo.

—No, supongo que no —le contestó ella con una sonrisa triste, pero no carente de humor—. Jamás fuiste capaz de ocultar lo mucho que querías alejarte de este sitio.

—Y sin embargo, aquí estoy de nuevo.

El individuo que se encontraba al lado de Sarashina dio un paso adelante. Su comportamiento agresivo de matón encajaba perfectamente con el aura centelleante de beligerancia que lo rodeaba. Iba protegido por una armadura de color negro escarabajo y mantenía el rostro, de profundas arrugas y expresión inmisericorde, oculto bajo el casco de visor reflectante. Mostraba el poder que tenía igual que si se tratase de una mano cubierta por un guantelete de armadura.

Tomó el rollo de pergamino que le ofreció el jefe de los guardias del aerodeslizador y rompió el sello. Leyó el contenido y, una vez satisfecho, asintió.

—Transferencia realizada. Kai Zulane se encuentra ya bajo la custodia de los Centinelas Negros.

—¿Bajo custodia, capitán Golovko? —preguntó Kai.

De la torre salió un grupo de soldados protegidos con placas pectorales, fabricadas con obsidiana y cascos cónicos, una protección no muy diferente a las primeras armaduras de las Legiones Astartes. Cada uno de ellos iba armado con una larga lanza de hoja negra. Las cuchillas que remataban las largas astas tenían una superficie cristalina centelleante.

—Sí, Zulane. Y ahora soy el mayor general Golovko —le respondió el matón.

—Sí que has ascendido en este mundo. ¿Es que todos los oficiales superiores de tu organización murieron al mismo tiempo en un terrible accidente?

—Kai, no se comienza el proceso de curación con insultos —le advirtió Tortega.

—¡Ah, cállate ya, maldito imbécil! —le espetó Kai—. Por favor, márchate ya. Toma ese precioso aerodeslizador del patriarca y lárgate. No puedo soportar verte más.

—Sólo quiero ayudar —le contestó Tortega frunciendo los labios en un gesto lastimero.

—Pues lárgate. Así es como mejor me ayudarás.

Kai notó que una mano suave se le posaba en el brazo y una energía tranquilizadora se apoderó de él, algo que suavizó sus pensamientos agresivos y le proporcionó cierta serenidad, algo que no había sentido desde hacía meses.

—No se preocupe, cirujano Tortega —intervino dijo Aniq Sarahina—. Kai está en su hogar, y es uno de los nuestros. Ha hecho todo lo que ha podido, pero ha llegado el momento de que lo deje a nuestro cuidado.

Tortega asintió con un gesto brusco y se dio media vuelta. Se detuvo un momento, como si estuviera a punto de decir algo, pero se lo pensó mejor y subió de nuevo al aerodeslizador. Los guardias de la Casa Castana lo siguieron y las compuertas se cerraron con un chasquido sólido.

El aerodeslizador giró sobre sí mismo y se alejó a toda velocidad, como si estuviera impaciente por marcharse de allí.

—Que mierdecilla más odioso —declaró Kai mientras el aerodeslizador desaparecía de la vista.